

*La muerte en
el Antiguo Egipto*

SEBASTIÁN VÁZQUEZ

*La muerte en
el Antiguo Egipto*



ALMUZARA

© SEBASTIÁN VÁZQUEZ, 2024
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2024

Primera edición: octubre de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN HISTORIA
Editora: Ángeles López
Corrección: Nemo Edición y Comunicación S.L.
Maquetación: Joaquín Treviño

© De los planos: Sonia Fernández

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Black Print
ISBN: 978-84-10524-25-5
Depósito legal: CO-1551-2024
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

A Ra, que es el señor del paso de lo no manifestado a lo manifestado a través de la creación de la luz y por medio del ojo.

A Thot, que es el señor del paso de lo no manifestado a lo manifestado a través de la creación del verbo y la palabra y por medio de la lengua.

A Ptah, que es el señor del paso de lo no manifestado a lo manifestado a través de la creación de las múltiples formas de la vida por medio del corazón.

A Amón, que es el señor del paso de lo no manifestado a lo manifestado a través de la creación del semen por medio del falo.

A Isis, señora de lo manifestado e inteligencia de la multiplicidad de lo orgánico materializada como receptáculo de las formas vivientes que acogen las inteligencias y sus funciones.

Índice

<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	15
PARTE I.....	19
El ideario sobre la muerte en el Antiguo Egipto.....	21
Los rituales funerarios	41
Los textos funerarios	75
Cuando los faraones dejaron de ser dioses.....	85
Los tres grandes periodos teológicos del Antiguo Egipto.....	93
Los ritos iniciáticos y los misterios.....	101
Cronología del proceso de cambios de creencias y de rituales.....	117
PARTE II	125
Las construcciones funerarias.....	127
Las principales necrópolis	137
Una hipótesis sobre las construcciones de la meseta de Guiza	159
El <i>ank</i> , la vida y lo viviente	243
<i>Epílogo</i>	249
<i>Bibliografía</i>	251
<i>Agradecimientos</i>	253

Prólogo

La puerta de poniente (¿casualmente la que se orienta hacia la muerte del sol?) de la catedral de Jaca está presidida por un tímpano que cuenta con un fantástico crismón de ocho brazos flaqueado por dos leones y una serie de inscripciones en latín, que son las que ahora nos interesan.

La tradición afirma que el león simboliza el conocimiento secreto, precisamente la sabiduría oculta en la ruta jacobea. Las inscripciones nos advierten a su modo: *Parcere sternenti leo scit, XRSTSQ, petenti*; es decir, «el león reconoce a quien se reserva buscando por los suelos; Cristo, a quien se lo pide».

Junto al segundo león, la enseñanza escrita en latín es definitiva: *Imperium mortis conculcans est leo fortis*. Lo que significa que «el león es fuerte para aplastar al poder de la muerte». Es decir, que si alcanzamos esa sabiduría ancestral seremos capaces de superar la muerte, pero para ello son precisas algunas condiciones que se expresan en otra de las frases latinas grabadas por los maestros canteros: *Vivere si queris qui mortis lege teneris. Huc splicando veni renvens fomenta veneni. Cor viciis munda, pereas ne morte secunda*. Lo que, traducido, es una clara advertencia para el peregrino: «Si quiere vivir el que está sujeto a la ley de la muerte, ven suplicante, desdendiendo venenosos placeres. Limpia el corazón de pecados, para no morir una segunda muerte».

¿Cómo se podría morir dos veces? ¿Qué significa «una segunda muerte»? Y, lo que es aún más desconcertante, ¿cómo fue posible que los canteros medievales hicieran suya esa enseñanza que, como el lector descubrirá en las páginas del libro que tiene entre sus manos, procede de Egipto?

Conocí a Sebastián Vázquez hace más de veinte años y se convirtió en mi primer editor. No fui consciente de que también fue

un maestro hasta transcurrido el tiempo necesario para comenzar a experimentar en primera persona la transfusión del conocimiento recibido. Por ello, cuando me solicitó escribir un prólogo para esta obra iluminadora e imprescindible, no pude evitar el sonrojo. Pero, a pesar de ello, acepté, y es en este trance en el que usted, lector, me sorprende.

Los egipcios, como al parecer los maestros constructores del Medioevo que jalonaron la Vía Láctea jacobea con claves ocultas en numerosos hitos del camino, temían morir dos veces. Para ellos, la muerte física no era sino una etapa que, inevitablemente, todos los mortales debemos completar para iniciar otra posterior mucho más trascendente, pero que también formaba parte de la vida.

Ninguna cultura ofrece un ejemplo tan luminoso sobre la trascendencia de la muerte en la vida como la egipcia. No me refiero únicamente a la importancia que tuvieron las diferentes formas de enterramiento a lo largo de los siglos en el país del Nilo, ni tampoco a los diferentes rituales vinculados con el enterramiento, sino a toda su vida. Toda ella giraba alrededor de la muerte, pero no era la «primera» la que los egipcios temían, sino esa «segunda» de la que nos alerta el crismón de la catedral de Jaca.

En la tradición egipcia, tras la muerte, el espíritu del difunto era sometido a un juicio en el Duat. El dios Anubis lo conducía ante el tribunal de Osiris y allí el corazón del muerto, que expresaba tanto su conciencia como su moralidad, era colocado en un plato de una balanza, mientras que el contrapeso era la pluma de la diosa de la verdad y la justicia, Maat.

Los dioses formulaban al difunto una serie de preguntas a propósito de su conducta en vida, y en función de las respuestas el peso del corazón variaba. El dios Thot actuaba como notario de lo sucedido; y, si finalmente el peso era menor que el de la pluma de la diosa, el difunto viviría eternamente. En caso contrario, sería arrojado a Ammyt, un ser con cabeza de cocodrilo, piernas de hipopótamo y melena de león, que lo devoraría. Es decir, sufriría «una segunda muerte».

Así pues, en el tímpano oeste de la catedral de Jaca, justo en el comienzo de la ruta Jacobea por la vía aragonesa, se advierte al peregrino que deberá desprenderse de quien fue; deberá experimentar la aniquilación iniciática y renacer. De ese modo, alcanzará la pureza y evitará una segunda muerte tras la física que a todos nos ha de llegar.

Si esta conclusión sorprende al lector, le anticipo que es apenas un aperitivo de cuanto le aguarda en las páginas venideras, donde no solo tendrá un *tour* guiado por la mano experta de Sebastián Vázquez por los monumentos funerarios egipcios más importantes, que incluye una perspectiva fabulosa del significado de las pirámides de Guiza, sino también un viaje al mundo donde habitan los dioses egipcios. Aprenderá que, para los antiguos habitantes de aquella cultura seductora, la religión era algo más que invocaciones y gestos teatrales de los sacerdotes. Se trataba de un manual práctico conocido como *Heka*, al que los griegos bautizaron como «magia», capaz de actuar tanto en el plano físico como en el metafísico.

En el siglo XII, el francés Aymeric Picaud incluyó, dentro del quinto libro que integra el *Codex Calixtinus*, la primera guía para el peregrino que viajaba a Compostela. En ella se dibuja un itinerario sorprendentemente dispuesto en tan solo trece etapas: de Saint-Michel, junto a Port de Cize, hasta Viscarret; de Viscarret a Pamplona; de Pamplona a Estella; de Estella a Nájera; de Nájera a Burgos; de Burgos a Frómista; de Frómista a Sahagún; de Sahagún a León; de León a Rabanal del Camino; de Rabanal de Camino a Villafranca del Bierzo; de Villafranca del Bierzo a Triacastela; de Triacastela a Palas de Rey; de Palas de Rey a Santiago.

¿Qué hay de sorprendente en ellas?

La extrañeza tiene que ver con las distancias que separan unas y otras localidades. Quien haya hecho el Camino se habrá dado cuenta de que algo no cuadra, puesto que hay etapas sencillas —el punto de origen y el destino están separados por poco más de una veintena de kilómetros, como sucede con las dos primeras—, mientras que otras son extremadamente difíciles de cubrir a pie en un solo día, puesto que esa distancia se alarga hasta los setenta kilómetros en algún caso (la número cuatro) o incluso hasta los ochenta y cinco kilómetros (la número cinco).

En cambio, todo cobra sentido si advertimos que en un vía crucis hay el mismo número de estaciones que etapas diseñadas por Picaud. A ellas se podría añadir una última, la catorce, que corresponde con la resurrección. En ella, el protagonista del rito irrumpe desde otra vida con un cuerpo diferente, glorioso o luminoso.

El desasosiego que tal vez se haya adueñado del lector llegado al renglón de este prólogo al que hemos ido a parar, donde lo egipcio se

hace jacobeo (y lo jacobeo, egipcio), es apenas el anticipo de las sorpresas venideras que lo aguardan en las páginas de esta obra escrita por Sebastián Vázquez, mi primer editor y mi amigo.

Mariano F. Urresti, escritor.

Introducción

*No he cometido faltas, no he hecho el mal, no he mentado;
y, por tanto, no merezco nada malo. Yo vivo en rectitud y
verdad y alimento de rectitud y verdad a mi corazón.*

Declaración del difunto en el *Libro de los muertos*

Este libro versa sobre la muerte en el Antiguo Egipto. En su ideario, la muerte del cuerpo físico solo era el inicio de otra etapa que también formaba parte de la vida y que continuaba después del fallecimiento. A su vez, su concepción al respecto condicionaba prácticamente todos los ámbitos sociales y, desde luego, su religión y, a partir de esta, sus construcciones, sus textos, sus ritos, etc.

Sin embargo, sus ideas funerarias y los rituales asociados, si bien se mantuvieron sobre una base sólida y continuada, sufrieron modificaciones a lo largo del tiempo que también determinaron sucesivos cambios en lo referido, por ejemplo, a los textos mortuorios o que afectaron al diseño de las construcciones funerarias.

Junto a los templos místicos y los de culto divino y solar, las construcciones funerarias forman la parte principal e identificativa del Antiguo Egipto. Estos enterramientos estaban diseñados en coherencia con sus ideas respecto a la muerte y a la evolución que estas sufrieron. Sin embargo, recordemos que lo fundamental en su ideario era evitar la «segunda muerte» y acceder al «segundo nacimiento» o resurrección en la luz. Dicha segunda muerte correspondía a la pérdida de la consciencia de uno mismo y a la extinción de la individualidad, y el segundo nacimiento significaba la previa adquisición del «cuerpo de luz» después del recorrido por la vida orgánica primero y del paso por la *duat* después antes de llegar al juicio

de Osiris, cuyo resultado determinaba esa posibilidad de alcanzar la eternidad en el reino de la luz. Por eso, todas las construcciones funerarias, como los rituales y textos funerarios fueron concebidos y diseñados para ayudar a evitar dicha segunda muerte y facilitar el segundo nacimiento.

Para entender la evolución y cambio en las formas de enterramiento, es fundamental referirnos a la figura del faraón, ya que pasaron de tener la condición de seres divinos a ser solo vicarios de los dioses. Por tanto, anhelaban ser amados y aceptados entre ellos a la hora de la muerte, para lo cual debían haberse mostrado dignos de alcanzar ese privilegio. Estas modificaciones se debieron a que a lo largo del tiempo hubo distintos cambios teológicos y de culto que pasaron de unos ritos iniciáticos y funerarios exclusivos para los faraones en las épocas en las que fueron considerados como dioses a una «democratización» y popularización de estos rituales que fueron llegando poco a poco a otras capas sociales. Un cambio enorme.

En estas páginas, además de abordar su ideario respecto a la muerte y de hacer un repaso a los más importantes ritos y textos funerarios, invito al lector a un recorrido por los más significativos lugares de enterramiento. Así, esta obra también está concebida a modo de guía de viaje, de manera que muestra un recorrido clásico por el Egipto funerario que puede ayudar al viajero a tener una perspectiva más completa y rica de sus visitas. Repasaremos las características y singularidades de estas construcciones tomando como referencia aquellos monumentos que hoy en día un viajero puede visitar más fácilmente. La mayoría de los lugares que citaré forman parte del recorrido propuesto comúnmente por las agencias de viajes aunque otras son menos frecuentes, si bien son visitables y habitualmente se pueden contratar aparte si se cuenta con una buena agencia y con un buen guía local. Sobre los lugares propuestos no voy a proporcionar exhaustivos datos históricos o artísticos, ya que sobre estos aspectos el lector puede encontrar excelentes y completas fuentes de información. Solamente apelaré a aquello que facilite al lector un contexto útil que permita comprender mejor su ideario respecto al más allá o que aporte elementos de reflexión que permitan hacerse preguntas sobre lo contemplado. Por ello he incluido estas visitas menos comunes, pero aconsejables, debido a su singularidad o porque plantean enigmas históricos o interrogantes para los

que hoy no hay una respuesta clara. De este modo aparecen las visitas más clásicas e interesantes, pero también otras menos conocidas popularmente.

En la actualidad, una mirada honesta y sensata a las conclusiones que ofrece la egiptología en muchas ocasiones se encuentra con afirmaciones incoherentes o suposiciones a veces insostenibles, lo cual resulta lógico dado el larguísimo tiempo transcurrido, el hecho de que la egiptología en realidad es muy moderna y que los descubrimientos se suceden a mayor velocidad de la que se necesita para enmarcarlos dentro del esquema del discurso oficial, sobre todo cuando el encaje no es fácil, pues constantemente se realizan nuevos descubrimientos que añaden más datos históricos o abren la puerta a reconsiderar hipótesis hasta ahora válidas. Por ello, en muchos casos, son más grandes los interrogantes que las respuestas ofrecidas, pero esto no merma el valor ni el reconocimiento que merece el trabajo dedicado y minucioso de la egiptología. Por mi parte estoy seguro de que, dado todo lo que queda por descubrir aún —por ejemplo, las tumbas de Imhotep o de la mismísima Cleopatra—, mucha de la historia pasada de Egipto está pendiente todavía de escribirse y le faltan capítulos muy importantes. Baste mencionar el reciente descubrimiento de unas cámaras en la Gran Pirámide desconocidas hasta ahora. Pero el contenido de este libro se centra principalmente en su sorprendente religión, lo cual implica necesariamente considerar también la heredad que dejó su pensamiento, especialmente el esotérico, en las religiones griega y romana, en los cultos místéricos, en el hermetismo alejandrino, o en el gnosticismo o el cristianismo más heterodoxo, lo que permite que, desde el conocimiento de estas doctrinas, sea más fácil el acceso a la comprensión de sus ritos y textos y a entender las principales premisas de su pensamiento filosófico y metafísico. Efectivamente, son estos idearios esotéricos y místéricos los que nos servirán de hilo de Ariadna y nos permitirán acceder al *sancta sanctorum* del edificio de conocimiento que construyeron.

Por último, propongo al lector una hipótesis que invita a reflexionar respecto a considerar que la construcción de las pirámides de la meseta de Guiza pudiera obedecer a un diseño conjunto. Para ello incluyo una serie de planos mediante los cuales cualquier lector puede simplemente con una regla y un compás trazar esos mismos planos y, ante lo que muestran, valorar la posible validez de la

hipótesis que planteo. Una hipótesis que modificaría muchas de las afirmaciones que en la actualidad se dan respecto a las construcciones de la meseta de Guiza, especialmente la que se refiere a que tanto Keops como Kefrén y Micerino levantaron allí sus pirámides de modo independiente y sin que guardasen ninguna relación entre ellas, salvo la de haber elegido el mismo lugar de edificación. Esta hipótesis fue ya planteada por el ingeniero Robert Bauval cuando en 1994 publicó junto a Adrian Gilbert su libro *El misterio de Orión* en el que mostraban como la disposición de las tres grandes pirámides de Guiza reflejaba la posición en el cielo de las tres estrellas que componen el cinturón de Orión.

Pero en verdad todo esto al final resulta solo accesorio para el viajero que pone por primera vez su pie en Egipto, pues la potencia del impacto de todo lo que va a ver y disfrutar es de tal calibre que, a menudo, le resultan indiferentes unas u otras teorías e hipótesis. Es por ello por lo que, sobre todo, me gustaría que prevaleciese la invitación al lector a que conozca el extraordinario legado de esta cultura única en la historia, cuyos imponentes vestigios son capaces de provocar en el visitante tanto el asombro por su destreza arquitectónica como la conmoción ante la belleza de su arte o la admiración ante el legado de su sabiduría. De este modo, sean bienvenidos y comenzamos el viaje.